

Comentario de “Siluetas que pasan. El papá de la tiple”

Para el periódico *El Mundo* y durante 1899, Federico Gamboa y Ángel de Campo escribieron la sección “Siluetas que pasan”, firmada bajo los seudónimos de Bouvard y Pécuchet, que remiten tanto al nombre de los personajes principales como al título de la obra *Bouvard et Pécuchet* (1881), del escritor francés Gustave Flaubert. Los protagónicos, por un golpe de fortuna, dejan su trabajo burocrático para incursionar en el conocimiento de todas las ciencias y sistemas de pensamiento.

La silueta se refiere al contorno que produce un cuerpo o fondo, es un rasgo a medias del objeto, por lo cual el observador debe usar su imaginación para caracterizar lo que mira. Lo mismo sucede con las crónicas de Bouvard y Pécuchet, el hecho que origina la narración es completado con base en un ejercicio ficcional que parte de un principio concreto.

Las crónicas extrapolan una situación recurrente en la Ciudad de México al mundo simbólico (narrativo). Cada una de las que fueron seleccionadas para esta antología comparte un rasgo distintivo del Porfiriato, los aspectos positivos y negativos de la modernidad.

Una figura femenina de la época era la tiple, que generalmente era una mujer bella y carismática, bailarina y cantante que sabía explotar su corporalidad y desprender sensualidad, ante la mirada atónita y anhelante del público masculino. Para las triples era común que, además de recibir su paga como actrices, las mantuviera algún caballero, casado o soltero. Por tanto, en “El papá de la tiple”, el anciano padre decidió trocar su antiguo sistema de valores por el del sistema moderno, en el cual la sexualidad de la mujer valía más dinero que su honra.